



Reflexiones acerca del educar o el arte de ser feliz*

Juan Carlos Araque Escalona

Universidad Técnica de Cotopaxi, Latacunga, Ecuador
jaraquescalona@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-2684-7889>

Ana Jacqueline Urrego

Universidad Nacional de Chimborazo, Riobamba, Ecuador
anaurrego70@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-4799-7931>

Gabriela Rivas-Urrego

Universidad de las Fuerzas Armadas- ESPE, Sangolquí, Ecuador
gdrivas@espe.edu.ec
<https://orcid.org/0000-0001-9766-3182>

RESUMEN

Diversos autores de la filosofía y el pensamiento han desarrollado ideas para coadyuvar procesos pedagógicos favorables a los sujetos, que a su vez alejen al maestro de pasiones desenfrenadas dentro del aula, lo cual se traduce en resentimientos absolutos del ser. En este contexto, nos proponemos estudiar algunas ideas que permitan alcanzar mejores y significativos niveles de enseñanza y aprendizaje. Para ello, se presenta una interpretación crítica de la literatura, a partir del método analítico-sintético, para analizar varios textos

que han contribuido a la presentación de elementos que sustentan la temática del educar y la felicidad. En virtud de ello y pensando en todos los maestros, quienes han sido permeados por las bondades de grandes espíritus progresistas, nos aproximamos a la conclusión de que cada día se concientiza más sobre la importancia de convertir un leve halo de luz en todo un resplandor efervescente tendiente a la felicidad del contexto educativo.

Palabras clave: educar; felicidad; interioridad del sujeto.

* Cómo citar: Araque Escalona, J. C., Urrego, A. J. y Rivas-Urrego, G. (2022). Reflexiones acerca del educar o el arte de ser feliz. *Ciencias Sociales y Educación*, 11(21), 128-143. <https://doi.org/10.22395/csye.v11n21a6>
Recibido: 28 de noviembre de 2020.
Aprobado: 3 de febrero de 2022.

Reflections on Educating or the Art of Being Happy

ABSTRACT

Several authors of philosophy and thought have developed ideas to contribute pedagogical processes favorable to the subjects and that in turn distance the teacher from excessive passions within the classroom, which translates into absolute resentments of being. That is why we propose here to study some ideas that would allow us to achieve better and significant levels of teaching and learning, presenting a critical interpretation of literature using the analytical-synthetic method for the analysis of several texts that have contributed to the presentation

elements that support the theme of education and happiness. By virtue of this and thinking of all the teachers who have been permeated by the kindness of great progressive spirits, it leads us to come closer to the conclusion that every day there is evidence and at the same time there is more awareness about the importance of turning a slight halo of light in all an effervescent glow tending to the happiness of the educational context.

Keywords: educate; happiness; interiority of the subject.

Reflexões sobre educar ou a arte de ser feliz

RESUMO

Vários autores da filosofia e do pensamento, desenvolveram ideias para auxiliar processos pedagógicos favoráveis às disciplinas e que por sua vez distanciam o professor das paixões desenfreadas dentro da sala de aula, o que se traduz em ressentimentos absolutos do ser. É por isso que propomos aqui estudar algumas ideias que nos permitiriam alcançar melhores e significativos níveis de ensino e aprendizagem, apresentando uma interpretação crítica da literatura, utilizando o método analítico-sintético para a análise de vários textos que contribuíram

para a apresentação de elementos que sustentam o tema da educação e da felicidade. Em virtude disso e pensando em todos os professores que foram permeados pela bondade de grandes espíritos progressistas, nos leva a chegar mais perto da conclusão de que a cada dia há evidências e ao mesmo tempo há mais consciência sobre a importância de ir transformando um leve halo de luz em todos um brilho efervescente tendendo à felicidade do contexto educacional.

Palavras-chave: educar; felicidade; interioridade do sujeito.

Introducción

*We don't need no education.
We dont need no thought control.
No dark sarcasm in the classroom.
Teachers leave them kids alone.
Hey! teachers! leave them kids alone!
All in all it's just another brick in the wall.
All in all you're just another brick in the wall.*

*No necesitamos ninguna educación.
No necesitamos que controlen nuestros pensamientos.
Ni sarcasmo oscuro en el salón de clases.
Profesores dejen a los niños en paz.
¡Hey! ¡profesores! ¡dejen a los niños en paz!
En conjunto es solo, otro ladrillo en la pared.
En conjunto solo eres, otro ladrillo en la pared.*

(Pink Floyd, 2011, 2m26s).

Siempre será gratificante enunciar algunas consideraciones que lleven a reflexionar acerca de las prácticas pedagógicas y los procesos que se dan en las aulas, para tomar de ello aspectos en aras de cultivar la felicidad. Pues los procesos educativos loables y positivos para los alumnos son el resultado de arduas batallas que se han gestado bajo claros intereses a favor de sujetos que buscan una guía hacia el sendero más acertado de su vida. Si bien es cierto que la humanidad ha tomado de épocas ya pasadas tanto lo bueno como lo malo, es menester que el docente se aferre a todo aquello que lo aleja de prácticas viles, insensatas, imprudentes, negligentes e irresponsables, que hasta este momento siguen llevando a cabo algunos mediadores de manera equívoca. Este es el punto de partida para las reflexiones que de esas acciones se puedan establecer. Todo lo anterior se gestará positivamente; a menos, claro está, que los maestros no estén dispuestos a superar obstáculos epistemológicos ya prescritos, los cuales impiden la formación de un corazón noble, purificado, virtuoso y honesto como representación de lo emotivo del ser; capaz de sembrar valores para ver florecer personas más humanas y sensibles.

Pudiera decirse que para superar erróneas prácticas educativas es necesario sentirse bien y pensar de modo positivo. Aunado a eso, es preponderante y vital el cumplimiento de reglas proclives al deber moral en tanto felicidad del ser y a principios éticos, sea este maestro o alumno. Estos deberes habrán de verse dentro de la cultura pedagógica como el germen o la labor individual a través de los cuales se contribuye a la construcción colectiva de contextos armónicos de un proyecto común sujeto a cambios en los que se acepte a la

diversidad de actitudes, sin entender esa variedad como una invasión o irrespeto por parte del otro. Teniendo cada estudiante un concepto positivo del deber configurado por sí mismo, será posible la disposición hacia un nuevo sujeto capaz de aprender bajo la égida de la responsabilidad de sus actos. Esto último llevaría al disfrute sano, la risa compartida y positiva, pues será capaz de reír y gozar con el otro en lugar de reírse a expensas del otro, lo cual apunta a un comportamiento insano conocido hoy día como *bullying* o acoso escolar.

Si se piensa la responsabilidad como un motor dentro de la sociedad basada en valores, así como principios morales y éticos, podrá asegurarse, casi sin discusión del caso, que un entorno socioeducativo basado en el compromiso espiritual en tanto convivencia y armonía con el otro será productor de una nueva cultura a fin de conformar nuestra *Nosotredad*. Es necesario y vital para el ser de cada sujeto ver este compromiso alejado de todo vicio conceptual que pueda perturbar a quienes participan del quehacer educativo. Más que una clásica exigencia, será la filosofía de vida y la potencia con la que cada persona se granjeará posibilidades de visión y sentidos varios del mundo. Al posibilitar sentidos de todo aquello que le rodea, nuestros alumnos y maestros accederán a la libre consciencia y al valor de la libertad extensiva a la libertad del otro, principio básico del ser auténtico, independiente y poseedor de una mente elevada.

La autenticidad del ser es a su vez un efecto de la capacidad que tiene cada persona de sensibilizarse al ubicar en los otros sus diferencias y sus particulares desde una visión que refleja un compromiso ético. Cuando esto ocurre, surgen los ideales en constante contubernio con aquello que favorece a la educación y a la sociedad. Los verdaderos ideales por parte de alumnos y maestros superan la simplicidad cotidiana, pues emergen del pensamiento crítico, de la reflexión y del trabajo colaborativo que aúpa cabalmente a la sociedad entera. Estos principios idealistas tornarán más significativos si se establece una conexión con las ciencias, es decir, sentir y razonar irán de la mano sin que una sea interferencia de la otra. Es un principio y una gran riqueza, para quien desea educar desde la ciencia humanista, el espacio donde conocimiento, abstracción y visión de mundo se imbrican de manera armónica.

Del proyecto de la felicidad

Conjuntamente con el proceso de educación se gestan importantes proyectos de la humanidad, como la felicidad e importantes valores como la tranquilidad, la paciencia y la prudencia para llevar una vida colmada de calidad espiritual. Para educar es necesario tener conocimiento científico y, claro está, una disposición positiva para transmitir dichos conocimientos. Sin embargo, un añadido vital

es la pasión y el amor con los que se llevará a cabo la enseñanza en el aula. De no darse esto estaríamos ante un mediador que “se siente especialista y no educador” (Dilthey, 1960, p. 10), con lo que pierde a todas sus anchas la raíz de la educación: formar seres con bienestar integral. Téngase en cuenta que un alumno alegre será capaz de rendir de una manera más efectiva, alejará de sí sentimientos negativos como el egoísmo, el ventajismo y el individualismo, y dará paso a las actividades compartidas que posibiliten una lógica más humana.

La educación en tanto formación humanista ha buscado la transformación del ser desde siglos atrás. Para ello se necesita irreversiblemente un viaje del sujeto hacia su interioridad, aunque ello signifique una colisión hacia él mismo. Este choque, aunque paradójico y decepcionante, ocasiona en la mayoría de los casos la reflexión que realiza Spranger (1966): “duerme en nosotros hasta que la despierta un héroe de la historia o la mirada profética del artista” (p. 20). El valor y resonancia de esta reflexión es incomparable, pues a partir de ella se renueva la vida gracias a la fuerza del amor y, sobre todo, se vencen los obstáculos que la misma historia y la cultura se encargan de acentuar en los contextos escolares. Es indudable, y casi indiscutible, que para desarrollar el proyecto de la felicidad en el aula de clase es necesario que cada docente indague el ser de sus estudiantes mediante la pregunta. No existe reflexión ni se puede generar conocimiento sin la interrogante acerca del mundo y sobre todo de aquello que (nos) sucede.

A propósito de la prudencia y la medida, la cual forma parte del proyecto de la felicidad, es vital destacar que el principio de interrogar a alguien, más allá de que sea un estudiante o no, debe tener sus alcances y limitaciones; un docente debe saber elaborar la pregunta y, más aún, evaluar la naturaleza de la misma. Debe acotarse lo anterior debido a que existen preguntas invasivas e irrespetuosas que, al fin y al cabo, no contribuirán a lo que se plantea acá. La felicidad también se trata de conservar en la interioridad algo que no se desea contar, y frente a ello se demostrará respeto y aceptación. En consecuencia, la idea de preguntar sirve para que nuestros estudiantes liberen energías negativas y hasta férreas ataduras, más no para romper sus místicas que, por derecho propio, le corresponde a cada ser en el mundo.

¿Se es feliz en el aula?

Es indudable que las ciencias naturales han dado respuestas a inquietudes vitales para el progreso de la humanidad; sin embargo, las ciencias humanas y sus seguidores han logrado en buena medida la comprensión del hombre sin que ello conlleve el principio de explicación propio de todas las ciencias medibles. En ese sentido, y quizá de una manera indudable, las ciencias naturales

han permitido al ser humano alcanzar algún grado de felicidad puesto que la comodidad es parte del bienestar integral y en esencia de la sociedad actual. En consecuencia, y tomando las palabras de Harari (2014), “debemos ser más felices cada día, incluso más que nuestros antepasados” (p. 1491). Se puede entender esta frase bajo el principio de continuidad y mejora para el ser humano: ser cada día mejor persona con calidad axiológica tendiente siempre hacia el progreso.

Es nuestro criterio preguntar si nuestros estudiantes hoy día son felices o hasta más felices que sus predecesores en las escuelas. Pero al interrogarles si sus maestros han desarrollado la felicidad en sus entornos educativos, responden de manera negativa, casi en su mayoría. Esta es una pregunta que solemos hacer en el primer ciclo de educación superior, sobre todo a aquellos participantes que muestran una actitud un poco hostil y hasta irrespetuosa hacia sus compañeros y maestros; la finalidad de esta es reflexionar acerca del hecho de ser feliz. Como resultado de todo ello, veremos que una persona —yendo más allá del término alumno o estudiante— que es feliz tiene como principio el respeto y la aceptación del otro como parte vital de nuestra cotidianidad compartida.

Sin lugar a duda, a través de sus maestros altamente calificados la escuela transmite conocimientos para generar resultados positivos y loables en quienes más adelante se convertirán en grandes profesionales y artífices de oficios importantes para la sociedad. En ese particular, y siguiendo la tónica del planteamiento en torno al proyecto de ser feliz mientras se estudia, quedan por resolver otras incógnitas: ¿Será más feliz el alumno por el mero hecho de acumular conocimientos? ¿Será más feliz el estudiante que sabe más física, química o matemática? Con lo anterior no queremos ni pretendemos restar méritos a quienes poseen altas destrezas en alguna materia a nivel de escuela básica, bachillerato o la universidad. Lo único que se busca es reflexionar en torno al equilibrio que debe haber al momento de forjarse un proyecto de desarrollo personal, pues importa tanto el capital cultural en tanto aprendizaje de una materia como la capacidad de sentirse bien en medio de un contexto que resulta demasiado tosco en oportunidades y hasta árido para quienes desean encontrar un nivel óptimo de felicidad.

Ser feliz mientras se estudia no es precisamente un lugar común en el discurso de maestros y mediadores; quizá sea propicio comenzar a estructurar frases que, a su vez, conlleven a la práctica de este medular valor más allá de lo educativo. Por una parte, es importante apartar el principio de competitividad en el aula, para lo cual es necesario respetar y aceptar los diversos ritmos de aprendizajes con los que cada persona se desarrolla a lo interior del aula de clases. Sabemos que el docente no dispone de tiempo extra para alargar algunas evaluaciones dentro de un horario que lo limita bárbaramente, pues todo atiende

a una organización casi milimétrica de lunes a viernes. Para contrarrestar esto será necesario apocopar algunos temas de unidades, lo cual le permitirá desarrollar más el principio de discusión áulica y ver de qué modo estas temáticas pueden ser de significativa utilidad en lo que denominaremos felicidad o estado de bienestar cotidiana.

Todo lo anterior está permeado por una particularidad ya clásica, no solamente concerniente a la educación, sino a otros ámbitos. Aludimos específicamente al poder que se ejerce en ocasiones de manera inconmensurable, lo que produce efectos negativos en el aula de clases. Del ejercicio de poder a nivel escolar se pudieran enunciar muchas variantes; sin embargo, en este escrito se invitará de manera muy puntual a todos los maestros a declinar conductas malsanas que impiden el progreso y al mismo tiempo superar obstáculos que finalmente resultan “ingenuos al creer que mientras más influencias tienen más feliz se vive” (Harari, 2014, p. 1493). No obstante, el poder mal interpretado conlleva a la destrucción del aula, pues lo primero que se suprime es el desarrollo de un entorno armónico. Así, aflora negativamente la coacción, práctica ya antigua en la educación y que lamentablemente sigue siendo una especie de estandarte de algunos maestros en la actualidad.

Tomando en cuenta algo tan pernicioso como lo anteriormente descrito, diremos que la demagogia, desarrollada en el aula a través de discursos cargados de argumentos falsos, igualmente será un muro de contención para la puesta en escena de alumnos felices. Contrario a la bonanza risueña de los estudiantes, la demagogia permitirá al supuesto mediador granjearse un poder que acude primordialmente a los miedos y esperanzas, es decir, el hecho de que el alumno aspire a obtener ciertos triunfos en la vida dependerá de que tenga la fortaleza de soportar palabras aparentemente libertarias, pero que en el fondo no son más que el germen de estructuras purulentas camufladas de libertad y pluralismo. En suma, existe una marcada diferencia entre la teoría y la práctica o, lo que es lo mismo, aquello que el constructivismo y la pedagogía crítica dice y lo que algunos maestros desarrollan en el aula. Puertas adentro, este tipo de docentes ejercen un poder según sus propios criterios y llegan a convertirse en sátrapas que monopolizan el conocimiento cual mercancía.

El docente y el favorecimiento de la felicidad

Para derrumbar y superar esquemas educativos ortodoxos, es necesario que el docente se conozca a profundidad y que de allí llegue a amarse hasta llegar al punto sublime de su realización personal. Justo en el momento en que un docente se conoce a sí mismo encuentra lo valioso del otro, de sus alumnos. Si se conoce a sí mismo, podrá abordarlos con humildad y evadir toda clase de

lenguaje denostado y, sobre todo, la cultura dogmática que, al llevarse a cabo por un mediador de forma equívoca, “se convierte en todo un Procrustes intelectual” (Huxley, 2000, p. 23). Este va por la vida forzando que todo aquello que acaece en su contexto encaje perfectamente en su universo de sentidos, sabiendo que esto debe ser al contrario. Es deducible, entonces, que un docente incapaz de mirar desde ángulos diversos a la vez le será casi imposible captar los estados sensibles de sus estudiantes en tanto alegrías, tristezas o cualquier necesidad cotidiana reflejada en ellos.

Mientras más se acrecienta la cultura yoísta en el maestro, más se aleja de los intereses de sus estudiantes, de lo importante que es para ellos mezclar aprendizajes y conocimientos con lo lúdico y lo comprensivo que propicien un estado armónico y de felicidad dentro del aula. Para remediar todo lo relacionado al egoísmo existe una salida y es lo que Huxley (2000) denominará “conciencia auto-trascendente” (p. 25). Esta apunta a un justo reflexionar en el que, si bien el sujeto choca contra sus propias paradojas, se ve conminado a hacer lo más adecuado en favor de su contexto, para lo cual incluye la prudencia, la mesura y la paciencia, aditivos esenciales para granjear el bienestar entre los alumnos. Es evidente que es más fácil para alguien vivir bajo la comodidad que le otorga su yo interior, ese que da órdenes, levanta grandes muros de contención y aleja al sujeto de todo tipo de cambios paradigmáticos. Para derruir este falso estereotipo será necesario guerrear contra las bajas pasiones que alberga cada ser en su interioridad.

Toda forma de poder ejercida de manera arbitraria, aunado al orgullo estéril, eclipsan inevitablemente todo cambio y toda posibilidad de situarse en un estadio en el que se observe mejor. Para que un docente pase del egoísmo al desinterés en tanto generosidad hacia sus alumnos, será un requisito indispensable que gane esa lucha a lo interno de su ser y libere los más absolutos y puros sentimientos de ese reino oscuro que es la idolatría de sí mismo. Una vez superados estos esquemas dañinos, el docente y toda persona que funja el rol de mediador será capaz de iluminar a sus estudiantes para hacer brotar en ellos, de manera inmediata, el espíritu de libertad. Este principio permite comunicar lo que todos necesitamos en aras de estar bien en el mundo y con capacidad de encontrar en lo más ínfimo una respuesta que colme de plenitud los espacios vacíos en los cuales debe habitar su felicidad.

Sin querer utilizar indebidamente un término que es propio de la psiquiatría, diremos que la incomprensión de algunos maestros pasa por el tamiz de una psicosis en tanto delirio de grandeza. El maestro, enajenado, entorpece su capacidad de escuchar a ese otro que habita el aula junto a él: el estudiante. El egocentrismo de anular la voz y hasta la corporeidad del otro es equivalente a

lo que Lacan (2009) denominará “la voz del amo” (p. 15), la cual representa la expresión absoluta de quienes niegan la diferencia y, peor aún, la libertad de un tercero incluido. Para ellos existe solamente un superior y un subordinado dispuesto siempre a obedecer esa resonancia en tanto eco arrollador y pulverizador. Ya cuando el mediador es capaz de superar el esquema de la reverberación, sobre todo por el hecho de querer reflejarse en sus alumnos de una manera reluciente y hasta esplendorosa, habrá irrumpido abruptamente hasta la cima y cúspide de su ser sublimado, y habrá desplazado su voracidad individualista para, en lugar de ello, fundar la generosidad, la nobleza y la confraternidad.

Binomio docente estudiante y la aceptación mutua

Hemos hablado hasta este momento de la falta de empatía por parte de algunos docentes, pero la realidad es que también existe lo contrario, esto es, estudiantes que de manera irreverente y hasta caprichosa hacen oposición a sus maestros. En función de lo anterior, se dirá firmemente que la empatía será el punto de afinidad y concomitancia vital a los fines de generar progreso tanto académico como espiritual. Esta compatibilidad deberá tener, entonces, una necesaria correspondencia biunívoca de tipo comprensiva. Será allí donde ambos lleguen a compenetrarse al punto de sentir(se) sus más hondas carencias y virtudes, proceso que se materializará siempre y cuando haya una mutua percepción. Se toman en cuenta todos los sentidos, incluyendo la intuición, que quizá es el más importante de todos.

Para que maestros y alumnos se reconozcan es vital una luminosidad emanada del ser mismo. Dicho fulgor es la brecha que permite los primeros pasos hacia el mirarse en la mirada del otro, esto último parafraseando el poema de Mario Benedetti que se llama *Estados de ánimo*. El docente que es capaz de entender a sus alumnos de una manera equilibrada y razonable se circunscribe a la “comprensión afectiva” (Heidegger, 1993, p. 160). Como todo proceso, la comprensión verdadera lleva en sí la semilla del existir auténtico. En este caso, faculta al maestro de emprender un vuelo a grandes alturas; no para ser admirado, sino más bien para ver su entorno desde una panóptica más sublime. Si los actores escolares desarrollan la comprensión podrán abrirse al mundo para completar un proceso de también dejarse ver, el cual, en el fondo, resulta mágico, místico y hasta milagroso. Como bien se sabe, muchas personas conocen al otro, se conocen a ellos mismos, pero no permiten que otros los conozcan; de ahí que comprender(se) es la puerta para que otros te conozcan.

Ahora bien, al reconocerse mutuamente alumnos y maestros se asumirá que el principal objetivo del proceso educativo es la vida en sí y poder darle sentido y direccionalidad a aquello que nuestra naturaleza humana reclama

de manera urgente y vertiginosa. En el caso de los niños, pudiera decirse que un primer factor en reclamo es la seguridad; lo pueden alcanzar “en la más mínima reflexión” (Krisnamurti, 2017, p.3) por parte del enseñante, descubriendo a través de ese juego de palabras la vitalidad que Ordine (2020) en su video del canal Aprendemos Juntos percibe en “los gestos de complicidad” (3m35s). Allí se denota irreversiblemente un principio de libertad y expresión al más alto grado de exaltación. Se sabe que reflexionar resulta complejo para quien se opone rotundamente a salir de una zona de comodidad, y más aún para aquel docente que reconoce en la reflexión ese impacto gigantesco contra sus propias paradojas. De seguir así, el supuesto ambiente de aprendizaje seguirá limitado y con perennes nubarrones grises que ocultan la originalidad y el sentido amplio de la educación.

Definitivamente, es justo que vaya llegando la hora de un cambio, pero con ello también un proceso de cura, pues es lo único que posibilitaría la puesta en escena —aunque ello se construya por encima de una herida ya cicatrizada— de una verdadera relación basada en el principio humanístico de la amistad. La amistad, en ese sentido, se debe entender como la llama que conecta a las personas al punto máximo de aceptarse, respetarse y ayudarse colectivamente, no así el falso umbral al que se llega de manera borrosa y hasta engañosa pensando que la amistad ofrecida por el docente es sinónimo de facilismo en el marco de una educación basada en una génesis constructivista. Como se ha venido esgrimiendo, el secreto radica en saber superar los conflictos entre maestros y alumnos, por mínimos que parezcan. Algunas querellas obstaculizan la justa vinculación desde la comprensión, progenitora de todo albor diferencial; después de todo, mi compromiso conmigo mismo es el pacto más íntimo y puro en el que nos conectamos de manera plural.

Emanaciones en docentes y estudiantes

Con absoluto estoicismo, diremos que un ser valiente es aquel que liberándose de miedos descubre el fuego liberador para sí, esparciéndolo luego entre sus seres más allegados para de ese modo correr el velo que les dará una cálida bienvenida al mundo emancipado. Para descubrir esa llama interior, capaz de encender a otros a través de la chispa milagrosa del amor, será necesario que el docente “sea —esencialmente— sincero y que esté deseoso de examinar los problemas humanos sin prejuicios de ninguna clase” (Krisnamurti, 2017, p. 3), pues será la piedra angular que a su vez haga florecer una especie de desobediencia necesaria; nos referimos a aquellas reglas que de manera arbitraria impone un sistema educativo tradicional. Sabemos cabalmente que el docente, en la mayoría de los casos, atiende los dictámenes y principios del sistema. Para cumplir con estos, sabemos que existe una efervescencia dentro de él que

quiere hacer eclosión. Para que ello suceda bastará una motivación y quizá una necesidad personal: pensar al otro como a sí mismo.

Otro elemento importante para discutir acá es la ira. Este es un sentimiento extremadamente negativo, cuya esencia es comprensible en muchos casos y en otros no. Sobre todo cuanto la ira se apropia del ser de algunos docentes y estudiantes, ella representa otro dique que frena el fluir del bienestar común en el aula. Ya lo denunciaba Séneca (2003) de manera quizá muy lacerante al sostener que “la ira es la más sombría y desenfrenada de todas las pasiones” (p. 1) capaz de desatar furias que enceguecen a todos quienes se ven envueltos en ella. Si bien la ira nubla la razón, diremos con absoluto convencimiento que esta cerrará las puertas a la razón y, por ende, a todo aquello que nos permite comprender a nuestros alumnos y maestros. De allí que la comprensión, en medio de tanto afecto, quede abolida de nuestros espacios escolares cuando se disemina la ira y todo lo que en torno a ella pudieran ser similares: cólera, rabia, enojo, irritación y furor paroxístico.

Contrario a la ira, es necesario invocar la alegría si es posible, propiciada a través del humor sano y positivo; decimos esto último en aras de reírnos junto al otro y no a costas del otro, lo cual sería algo mordaz y negativo. Para desarrollar y esparcir el buen humor en el aula es necesario perder ciertos miedos que dificultan la expresión humorística; se debe incluso excarcelar esas inspiraciones que algunos califican de ridículas sin saber que pueden elevar la dignidad de los otros por medio de una risa alentadora. En suma, algunos docentes y alumnos dejan de expresar sus ocurrencias por miedo a ser tildados de imprudentes y hasta de desubicados. No obstante, el buen humor y la alegría conllevan una especie de locura creadora, principio que ha permitido a muchos genios la invención de ideas y la superación de sistemas castradores a nivel social.

El buen humor es un valor dentro y fuera del aula tan importante como el respeto, la solidaridad y la responsabilidad. Por ello, resulta gratificante desarrollarlo y practicarlo a nivel escolar, pues sus resultados hacen sentir a maestros y alumnos que es un derecho propio acceder a la libertad por medio de la hilaridad de corte ingeniosa. En esa tónica, García Cerrada y Fernández Solís (2010) defienden que las personas practicantes del humor “muestran con observación pedagógica y didáctica nuestras miserias y fortalezas humanas” (p. 8). En este sentido, se develan verdaderas personalidades y las situaciones desagradables, al pasar por el tamiz del humor, cobran una visión distinta y asimétrica de los cánones implantados a nivel sociocultural. Creemos firmemente que, así como la comprensión va acompañada de un profundo afecto, de igual modo el buen sentido del humor es un puente que provoca el florecimiento de un nuevo ser capaz de captar el sentido de lo real desde otra perspectiva.

En contextos escolares donde impera vertiginosamente el egoísmo, el buen sentido del humor es una válvula de oxigenación cuyo fluir conlleva la diversión y la criticidad; ambos elementos son medulares en la construcción de la felicidad a nivel educativo. Desde esa panorámica, el humor “es un recurso y hasta una necesidad para conseguir que la cosa funcione, es decir, para que esos ojos abiertos como platos dejen de mirarte fijamente y comiencen a hablar” (Padilla García, 2010, p. 16), lo que propicia un ambiente de aprendizaje autónomo pleno de sujetos con criterio propio. Después de todo, no es la idea hacer de maestros y estudiantes personajes caricaturescos o risibles, pero sí construir escenarios de aprendizaje donde el ingenio y la creatividad sean un medio para acceder a determinados conocimientos.

Lo bueno del humor sano es que potencia significativamente el pensamiento de los alumnos, desarrolla en ellos grandes talentos para la percepción y desenvolvimiento en su entorno e, incluso, su nivel emocional crecerá de manera positiva. Más que cuidador de niños, el docente es un centinela atento y presto para facilitar la maduración de aquellos seres urgidos del saber, pero en muchos casos necesitados de comprensión. De ahí que se plantea la idea de “un patrón desigual” (Holmes, 1972, p. 2), lo cual apunta a una característica vital del medio educativo. Con ello se deduce que no siempre una estrategia —en este caso el humor— dará resultados iguales, pues los intereses y los gustos varían según la visión de cada alumno. Lo anterior conlleva a un profundo alivio, pues la diferencia es el ingrediente sustancial que hace de la vida un mundo lleno de milagros y en el que podemos sorprendernos cotidianamente; es un prodigio para el docente apropiarse de la experiencia de (l) otro(s) en tanto desigualdad a nivel social, cultural y emocional.

La diferencia en el aula

Sin lugar a debate, la diferencia es definitivamente el germen que hace brotar cualquier aspiración a ser libres, a salirse del gran rebaño estandarizado que plantea una actualidad sumergida en la apariencia y el engaño a ultranza. En función de ello, nos apropiaremos de una máxima contundente en Han (2014) cuando acota que “no somos un sujeto sometido, sino un proyecto libre que replantea y se reinventa” (p. 7), ya no como amalgama ni fusión de falsas propuestas, sino más bien como seres originales más allá de los límites planteados por estructuras jerárquicas de poderes aberrantes. Por ello, planteamos la noción de alumnos libres siempre y cuando trabajen tanto como sus docentes. Solo un sentir compartido permitirá un hacer imbricado cuyos resultados faciliten las buenas relaciones en tanto equilibrios para erradicar no solo la subordinación educativa, sino social y cultural.

En el justo instante en que se interpreta la diferencia como raíz u origen de todo proceso educativo, es posible tener un sentido mucho más cauto y hasta lógico, a pesar de que todo principio lógico en ocasiones tiene su contralógica, lo cual torna borrosa a la primera y aclara situaciones donde maestros y alumnos potencian la inteligencia de manera alterna. A decir verdad, el razonamiento en la formación escolar debe estar necesariamente emparentado con la reflexividad del mundo, tal como lo subrayaba Greimas (1973): “es muy difícil hablar del sentido sin salirse del dominio de lo sensato” (p. 1). Esta sensatez radica en la aceptación de una diversidad de discursos y formas expresivas que tenemos en el aula, a las que debemos dar cabida, así nos parezcan descabelladas. Tomando en cuenta que nuestra lengua posibilita múltiples formas comunicativas —desde lo estrictamente verbal hasta los códigos no verbales—, podrá decirse que el arte, en tanto palabra, frase, pintura, poesía, música y hasta una película, servirá para que nuestros estudiantes cobren sentido a su existencia, lo cual suscita un diálogo infinito consigo mismo y con el mundo.

Aunque la sensatez pueda entenderse como objetividad, es necesario recalcar que el sentido gestado en cada persona no viene de esa autonomía que demandan los objetos y las situaciones en sí mismas, es más bien la percepción propia y hasta subjetiva de esa realidad circundante. Sin embargo, muchos maestros han apartado del entorno eso que Bettelheim (1978) suscribe como “necesidad de encontrar un significado a nuestras vidas” (p. 9), a pesar de que esto es lo que realmente empuja al ser humano a vivir en compañía de otros y en constante construcción de proyectos, sueños y, por qué no, anclaje a la utopía, derecho que hoy está siendo arrancado de las manos y de la mente de nuestros niños. Aunque compleja, los maestros deben dar prioridad a la construcción de experiencias positivas en sus alumnos. De esa manera, irán acumulando sentimientos y valorando lo que de ellas representa un positivo sentido a su existencia.

La abismal ventaja que produce en el aula la educación libre y plena de felicidad lleva consigo el poder superar (se) esquemas y pensamientos en los que cada integrante a nivel escolar rebasa sus propias fronteras de vida para confiar rotundamente en que es posible construir una realidad diferente en su entorno. Una persona capaz de confiar en sí misma y en su potencial puede depositar en el otro un voto de confianza. Así comienza un trabajo participativo en el que se delegan funciones, ya que cada destreza y habilidad cuenta a la hora de resolver situaciones académicas y cotidianas. Sin lugar a vacilación, la confianza genera fe y entusiasmo en los estudiantes. Mejor aún, cuando hay fe, hay seguridad, lo cual conduce a alcanzar la autonomía en los alumnos. Es en este punto, justamente, donde vemos materializado todo aquello que se desprende del poder y saber educar con amor.

A partir del amor se pueden obtener grandes logros. El primero sería la puesta en práctica de valores esenciales para el ser, siendo el amor el primero en su clase. Pero más que el sustantivo tendríamos que apelar a su función verbal, es decir, distinguiendo el amor del amar. Entre tantas visiones y autores que narran en torno al amor y al saber amar, es posible contar con la idea de Fromm (2003) quien, de manera poco utópica y hasta más real, señala lo siguiente: “el amor no es un sentimiento fácil para nadie, sea cual fuere el grado de madurez alcanzado” (p. 9). Contrario a ello, ser feliz “es más fácil, pero nadie quiere decirlo; todos desean que tropecemos con la misma piedra” (Espinosa, 2016, p. 1). Implica algo injusto y hasta propio de las personas que aún desconocen lo prodigioso, portentoso y admirable que significa ser auténtico; de allí nacerá la razón de mostrar (se) feliz y amado. Para superar lo que dice el autor alemán, y de alguna manera alcanzar lo que el escritor español propone, será necesario el reconocimiento del otro en tanto hermano y hasta hijo si el contexto es el ámbito escolar. Al llevar a cabo esto, el amor y el amar (se) será un lugar común al punto de conocer más mientras mayor sea el amor desarrollado hacia las personas que le rodean.

Ahora bien, el amor discurre a través de la comunicación diaria siempre y cuando el hablante se exprese hacia sus oyentes o hacia su público de una manera cordial, amena, plena de afectos y sobre todo entendible. Una expresión que no sea entendible no será comprensible; ergo, no será propicia para que los ojos y la boca del maestro rezumen felicidad hacia sus alumnos. De acuerdo con lo anterior, Maturana y Verden-Zöllner (1993) encuentran que “la existencia humana tiene lugar en el espacio relacional del conversar” (p. 9), por lo que nuestra filosofía del diario vivir está anclada al lenguaje. De esta manera se infiere que la lengua y la forma como la utilizamos es una morada que debemos cuidar y tener siempre los mejores invitados que, igualmente, nos ayuden a preservarla y, por qué no, a ampliarla desde la perspectiva del vocabulario, la palabra exacta y que ello permita entrever el germen del amor.

Así como el artista plástico logra tonalidades inexistentes en la naturaleza, de igual manera el maestro, a través de sus inventos y sus creaciones propositivas, llega a crear verdaderas obras de arte originales: sus estudiantes. Mientras más arriesgado es el maestro más rápido se libera de temores. En lo sucesivo podrá desarrollar proyectos cuyo fruto en tanto alumno con una visión “adquiere vida propia y se convierte en algo personal, un ente independiente que respira de modo individual” (Kandinsky, 1989, p. 103).

A manera de corolario

La mística y las técnicas que cada docente va implementando a lo largo de su desempeño quizá le resulte a él y no a otros. Por ello, se acotará que habrá tantas

maneras de enseñar como docentes en el mundo. Asimismo es la expresión del amor, cada persona en el mundo tendrá su forma de manifestarlo. Las formas expresivas del amor aplican para docentes y alumnos, pues es el sentimiento más puro y universal de todos y que se debe comunicar mutuamente, claro está. Pero, al ser el docente un faro moral para sus estudiantes, ha de ser el primero en configurar el amor dentro del aula. La naturaleza del amor radica en “la reciprocidad que tiene lugar cuando cada uno de los participantes recibe un valor otorgado a la vez que se le otorga al otro” (Singer, 1992, p. 21). Su esencia no es otra que una mancomunidad en la que convergen diversas expresiones del ser semejantes a los brazos de ríos que van fluyendo hasta su desembocadura: el aula de clases. Para educar bajo la expresión absoluta del amor será vital comprometerse, no bastará con cumplir, puesto que esto es lo que hacen muchos maestros solo por satisfacer algo que la mayoría de las veces se encuentra en los sistemas curriculares de muchos países.

De aquí en adelante proponemos hacer del aula un espacio para cultivar la amistad como una clara consecuencia de aceptación del otro, tratando a ese otro con el mismo amor y el respeto que otorgan sobre sí mismos quienes se valoran y se dan una alta importancia ante el mundo. Si le damos paso a una cultura como la que hemos planteado, se habrá superado lo que Foucault (2002) ha visto en la escuela desde hace ya siglos como “una máquina de vigilar, jerarquizar y recompensar” (p. 151). Esta máquina es la falencia universal y un gran equívoco de lo que es la educación, lo cual haciendo del maestro un guardia que asigna un puesto según sea el comportamiento y la capacidad del alumno. Distinto a lo que advirtió el pensador francés, se busca que el maestro sea un sembrador y no un manipulador. De allí la expresión poética de Jorge Luis Borges (2017) cuando da cuenta en su poema: Los justos, de quiénes están salvando al mundo de una manera prudente, sabia y silenciosa, allí estará presente “un hombre que cultiva su jardín” (p. 421) o lo que se traduce, según nuestro criterio, en un maestro amoroso que labra el ser de sus estudiantes para ver germinar las grandes virtudes y sobre todo poder apartar de sí todo vicio capaz de levantar muros para la obtención de la libertad y el pensamiento crítico del mundo.

En definitiva, es necesario derribar esquemas que, lejos de generar progreso, contribuyen a que el maestro siga siendo lo que Roger Waters en su canción denominó como “otro ladrillo en el muro”. Más que un obstáculo, el maestro deberá ser el atalaya donde sus alumnos puedan encontrar paz, serenidad, entusiasmo, cooperación, conocimiento y afecto fraternal. De ser así, estaremos en presencia de una escuela con escalas multicolores en tanto seres libres y capaces de expresar sus emociones y valorar cabalmente todo cuanto le rodea. De ahí que no solo amará a las personas, sino también a los animales y a la naturaleza, quien tiene vida y de igual manera requiere del afecto y la consideración humana.

Referencias

- Bettelheim, B. (1978). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Editorial Crítica, S.A.
- Borges, J. (2017). *Poesía completa*. Editorial Digital Titivillus.
- Dilthey, W. (1960). *Historia de la pedagogía*. Editorial Losada, S.A.
- Espinosa, A. (2016). *Los secretos que jamás te contaron. Para vivir en este mundo y ser feliz cada día*. Penguin Random House, S.A.U. <https://bit.ly/34kHUns>
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Siglo Veintiuno Editores Argentina, S.A.
- Fromm, E. (2003). *El arte de amar*. Editorial Paidós Ibérica, S.A.
- García Cerrada, J. y Fernández Solís, J. (2010). El humor gráfico como herramienta pedagógica. En J. García Cerrada et al. (coords.). *Español con humor* (pp. 8-15). Fundación Comillas y Fundación General de la Universidad de Alcalá.
- Greimas, A. (1973). *En torno al sentido*. Editorial FRAGUA.
- Han, B. (2014). *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder. <https://revistes.uab.cat/enrahonar/article/view/v55-marchese>
- Harari, Y. N. (2014). *De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*. J. Aragonés (trad.). Titivillus.
- Heidegger, M. (1993). *Ser y tiempo*. Fondo de Cultura Económica, S.A.
- Holmes, M. (1972). *La escuela comprensiva*. Editorial El Ateneo.
- Huxley, A. (2000). *Sobre la divinidad*. Editorial Kairós, S.A.
- Kandinsky, W (1989). *De lo espiritual en el arte*. Premia Editora, S.A.
- Krisnamurti, J. (2017). *La educación y el significado de la vida*. Ediciones Obelisco, S.L.
- Lacan, J. (2009). *El seminario 3. Las psicosis*. Editorial Paidós.
- Maturana, H. y Verden-Zöller, G. (1993). *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano. Desde el patriarcado a la democracia*. Editorial Instituto de Terapia Cognitiva.
- Ordine, N. (Aprendemos Juntos). (2020, 18 de mayo). *La literatura puede enseñarnos valores inmortales* [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=yLH2FCnaHmM&t=666s>
- Padilla García, X. (2010). Las viñetas cómicas como recurso en la enseñanza del ELE. En J. García Cerrada, J. M. Beltrán, I. Gaviria Tomás, et. ál (coords.). *Español con humor* (pp.16-33). Fundación Comillas y Fundación General de la Universidad de Alcalá.
- Pink Floyd (Checho). (2011, 15 de octubre). Another brick in the Wall [Otro ladrillo en la pared]. [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=JjoLEXz8FkU>
- Séneca, L. A. (2003). *De la ira*. Biblioteca Virtual Universal. <https://www.biblioteca.org.ar/libros/89740.pdf>
- Singer, I. (1992). *La naturaleza del amor*. Siglo Veintiuno Editores, S.A.
- Spranger, E. (1966). *Cultura y educación. Tomo I: Parte histórica*. Editorial Espasa-Calpe, S.A.